

Todo lo que tengo  
lo llevo conmigo

HERTA MÜLLER

Siruela Nuevos Tiempos



## Índice

Cubierta  
Sobre hacer la maleta  
Armuelle  
Cemento  
Las mujeres de la cal  
Sociedad intérlope  
Madera y algodón  
Tiempos emocionantes  
Sobre los viajes  
Sobre las personas severas  
Unagotadesuertedemás  
Álamos negros  
Pañuelo y ratones  
Sobre la pala del corazón  
Sobre el ángel del hambre  
Aguardiente de hulla  
Zepelín  
Sobre los dolores fantasmas  
Imaginaria-Kati  
El crimen del pan  
La Madona de la Media Luna  
Del pan propio al pan de mejilla  
Sobre el carbón  
Cómo se alargan los segundos  
Sobre la arena amarilla  
Los rusos también tienen sus recursos  
Sobre los abetos  
10 rublos  
Sobre el ángel del hambre  
Los secretos latinos  
Bloques de escoria  
El frasco crédulo y el frasco escéptico

Sobre el envenenamiento por luz diurna  
Cada turno es una obra de arte  
Cuando canta un cisne  
Sobre la escoria  
La bufanda de seda burdeos  
Sobre las sustancias químicas  
Quién ha cambiado el país  
El hombre-patata  
Cielo abajo tierra arriba  
Sobre las variantes del tedio  
Hermano sustituto  
En el espacio en blanco bajo la línea  
La cuerda de Minkowski  
Perros negros  
Total, una cucharada más o menos...  
Un día mi ángel del hambre fue abogado  
Tengo un plan  
El beso de hojalata  
Así eran las cosas  
Liebre blanca  
Nostalgia. Como si la necesitase  
Un momento de lucidez  
La ligereza del heno  
Sobre la suerte del campo  
Se vive. Pero sólo una vez  
Algún día llegaré al pavimento elegante  
Profundas como el silencio  
El paralizado  
Tienes una niña en Viena  
El bastón  
Cuadernos rayados  
Soy todavía el piano  
Sobre los tesoros  
Epílogo  
Notas  
Créditos

Herta Müller

Todo lo que tengo lo llevo conmigo

Traducción del alemán de  
Rosa Pilar Blanco

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

**Todo lo que tengo lo llevo conmigo**

## Sobre hacer la maleta

Todo lo que tengo lo llevo conmigo.

O: todo lo mío lo llevo conmigo.

He llevado todo lo que tenía. No era mío. Era o algo destinado a otras finalidades o de otra persona. La maleta de piel de cerdo era la caja de un gramófono. El guardapolvo era de mi padre. El abrigo de vestir con el ribete de terciopelo en el cuello, del abuelo. Los bombachos, de mi tío Edwin. Las polainas de cuero, del señor Carp, el vecino. Los guantes de lana verdes, de mi tía Fini. Sólo la bufanda de seda de color burdeos y el neceser eran míos, regalos de las últimas navidades.

En enero de 1945 la guerra continuaba. Temiendo que en pleno invierno los rusos me obligasen a ir quién sabe dónde, todos quisieron darme algo que quizá tuviera utilidad, aunque ya no sirviese de nada. Porque en el mundo nada servía. Como yo figuraba irremisiblemente en la lista de los rusos, todos me dieron algo y se reservaron su opinión. Y yo lo acepté, y a mis diecisiete años pensé que la partida venía en el momento adecuado. No debería ser la lista de los rusos, pero si las cosas no salen muy mal, será incluso buena para mí. Yo quería marcharme de ese pedacito de ciudad donde hasta las piedras tenían ojos. En lugar de miedo sentía una oculta impaciencia. Y mala conciencia, porque la lista que desesperaba a mis allegados era para mí una circunstancia aceptable. Ellos temían que me sucediera algo lejos. Yo quería ir a un lugar que no me conociera.

A mí ya me había sucedido algo. Algo prohibido. Era extraño, sucio, vergonzoso y hermoso. Sucedió en el Erlenpark, muy al fondo, al otro lado de la colina de hierba. De regreso a casa me dirigí al centro del parque, al templete redondo donde tocaban las orquestas los días festivos. Me quedé un rato sentado dentro. La luz pasaba a través de la madera finamente tallada. Vi el miedo de los círculos vacíos, cuadrados y trapecios, unidos por arabescos blancos con garras. Era la muestra de

mi confusión y del espanto que reflejaba el rostro de mi madre. En ese pabellón me juré a mí mismo: Jamás volveré a este parque.

Cuanto más me alejaba, más deprisa regresaba: a los dos días. A la cita, así lo llamaban en el parque.

Fui a la segunda cita con el mismo hombre de la primera. Se llamaba LA GOLONDRINA. El segundo fue uno nuevo, apelado EL ABETO. El tercero se llamaba LA OREJA. Después vino EL HILO. Luego, LA OROPÉNDOLA y LA GORRA. Más tarde LA LIEBRE, EL GATO, LA GAVIOTA. Después, LA PERLA. Sólo nosotros sabíamos a quién pertenecía cada apelativo. En el parque se practicaba un intercambio desenfrenado, y yo dejaba que me pasaran de uno a otro. Era verano y los abedules tenían la piel blanca; en la maleza de jazmines y saúcos crecía una pared verde de follaje impenetrable.

El amor tiene sus estaciones. El otoño ponía fin al parque. Los árboles se quedaban desnudos. Las citas se trasladaban, junto con nosotros, a los baños Neptuno. Junto a la puerta de hierro colgaba su emblema ovalado con el cisne. Cada semana me encontraba con uno que me doblaba la edad. Era rumano. Estaba casado. No diré cómo se llamaba, ni tampoco cómo me llamaba yo. Acudíamos a diferentes horas; la cajera en la vidriera emplomada de su cubículo, el brillante suelo de piedra, la redonda columna central, los azulejos de la pared decorados con nenúfares, las escaleras de madera tallada no podían concebir la idea de que habíamos quedado. Íbamos a la piscina a nadar con los demás. Sólo nos encontrábamos en la sauna.

Por aquel entonces, poco antes del campo de trabajo y también después de mi regreso hasta 1968, cuando abandoné el país, me habrían condenado a pena de cárcel por cada cita. Cinco años como mínimo, si me hubieran pillado. A algunos los pillaron. Los llevaban directamente del parque o del baño público a la cárcel, tras unos interrogatorios brutales. Y de allí al campo de castigo emplazado junto al canal. Del canal no se volvía, hoy lo sé. Quien a pesar de todo regresaba lo hacía convertido en un cadáver ambulante. Envejecido y aniquilado, perdido ya para el amor en el mundo.

Y mientras estuve en el campo de trabajo..., si me hubieran pillado, me habría costado la vida.

Tras los cinco años en el campo de trabajo vagabundeaba día tras día

por las tumultuosas calles ensayando mentalmente las mejores frases por si me detenían: SORPRENDIDO EN FLAGRANTE DELITO... Preparé mil excusas y coartadas contra este veredicto de culpabilidad. Llevo un equipaje de silencio. Me he rodeado de un silencio tan hondo y duradero que nunca acierto a abrirme con las palabras. Cuando hablo, solamente me cierro de otra manera.

En el último verano de citas, para alargar el retorno a casa desde el Erlenpark, entré por casualidad en la iglesia de la Santísima Trinidad de Grosser Ring. Esta casualidad desempeñó el papel del destino. Vi el tiempo venidero. Junto al altar lateral, sobre una columna, estaba el santo con una capa gris y una oveja sobre los hombros a modo de cuello de la capa. Esa oveja sobre los hombros es el silencio. Hay cosas de las que no se habla. Pero sé de qué hablo cuando digo que el silencio en los hombros es distinto al silencio en la boca. Antes, durante y después de mi etapa en el campo de trabajo, a lo largo de veinticinco años, he vivido atemorizado por el Estado y la familia. Por la doble desgracia que supone que el Estado me encierre por delincuente y la familia me excluya por ser una deshonra. En medio del tráfago de las calles me miré en el espejo de los escaparates, en las ventanas de tranvías y edificios, en fuentes y charcos, preguntándome, incrédulo, si no sería transparente.

Mi padre era profesor de dibujo. Y yo, con los baños Neptuno en la cabeza, daba un respingo, como si me propinaran una patada, cuando él utilizaba la palabra ACUARELA. Esa palabra sabía lo lejos que yo había ido ya. Mi madre decía en la mesa: No pinches la patata con el tenedor, se deshace, utiliza la cuchara, el tenedor se usa para la carne. Me latían las sienes. Por qué habla de carne cuando se trata de una patata y un tenedor. De qué carne habla. Las citas me habían vuelto la carne del revés. Yo era mi propio ladrón, las palabras se abatían de improviso y me atrapaban.

Mi madre, y sobre todo mi padre, igual que todos los alemanes de esa pequeña ciudad, creían en la belleza de las trenzas rubias y los calcetines blancos hasta la rodilla. En el cuadrado negro del bigote de Hitler y en nosotros, los sajones de Siebenbürgen, como raza aria. Mi secreto, considerado de manera puramente física, era la máxima atrocidad. Con un rumano, además, implicaba una profanación de la raza.

Yo quería alejarme de la familia, aunque fuera para ir a un campo de trabajo. Sólo me daba pena mi madre, que ignoraba lo poco que me conocía. Que cuando me haya ido pensará más en mí que en ella.

Además del santo con la oveja del silencio sobre los hombros, vi en la iglesia la hornacina blanca con la inscripción: EL CIELO PONE EN MARCHA EL TIEMPO. Mientras hacía la maleta, pensaba: La hornacina blanca ha surtido efecto. El tiempo ya se ha puesto en marcha. También me alegraba no tener que ir a la guerra, a la nieve del frente. Comencé a preparar la maleta con docilidad y una valentía estúpida. No me defendí contra nada. Polainas de cuero con cordoncitos, pantalón bombacho, abrigo con ribete de terciopelo..., nada de eso me pegaba. Lo importante era que el tiempo ya se había puesto en marcha, no la ropa. Con esas prendas o con otras te haces adulto de todos modos. El mundo no es un baile de disfraces, pensaba, pero nadie que tenga que viajar a Rusia en lo más crudo del invierno es ridículo.

Una patrulla de dos policías, uno rumano y otro ruso, iba con la lista de casa en casa. Ya no recuerdo si la patrulla mencionó en nuestra casa las palabras CAMPO DE TRABAJO. Y si no, qué otra palabra además de RUSIA. Si lo hizo, las palabras campo de trabajo no me asustaron. A pesar de que estábamos en guerra y del silencio de mis citas sobre los hombros, a mis diecisiete años aún vivía una infancia muy ingenua. Las palabras acuarela y carne me afectaban. Pero mi cerebro estaba sordo para la expresión CAMPO DE TRABAJO.

Por entonces, estando a la mesa con las patatas y el tenedor, cuando mi madre me sorprendió con la palabra carne, recordé también que siendo niño, mientras jugaba abajo en el patio, mi madre me gritó desde la ventana de la galería: Como no subas inmediatamente a la mesa, como tenga que llamarte otra vez, puedes quedarte donde estás. Y como continué abajo un rato más, cuando subí me dijo: Ahora puedes hacer la mochila y salir a correr mundo y hacer lo que se te antoje. Al mismo tiempo me arrastró a la habitación, cogió la pequeña mochila y embutió dentro mi gorra de lana y la chaqueta. Pero adónde voy a ir, si soy tu hijo, le pregunté.

Mucha gente piensa que hacer la maleta es cuestión de entrenamiento, que lo aprendes espontáneamente como cantar o rezar. Nosotros no

teníamos entrenamiento y tampoco maleta. Cuando mi padre tuvo que marchar al frente con los soldados rumanos, no hubo nada que empaquetar. En cuanto soldado, te lo dan todo, forma parte del uniforme. Aparte de para marcharse y para protegerse del frío, no sabíamos para qué hacíamos el equipaje. No tienes lo adecuado, improvisas. Lo erróneo se convierte en necesario. Lo necesario es lo único adecuado, sólo porque se tiene.

Mi madre trajo el gramófono del cuarto de estar y lo colocó sobre la mesa de la cocina. Con ayuda del destornillador convertí la caja del gramófono en una maleta. Desmonté primero el dispositivo giratorio y el plato. Después tapé con un corcho el agujero donde encajaba el manubrio. El forro quedó dentro, terciopelo rojizo. Tampoco desmonté la placa triangular HIS MASTERS VOICE con el perro delante de la bocina. En el fondo de la maleta coloqué cuatro libros: *Fausto*, encuadernado en tela, *Zaratustra*, el delgado Weinheber y la antología poética de ocho siglos. Ni una sola novela, porque ésas sólo se leen una vez y basta. Sobre los libros puse el neceser, que contenía: 1 frasco de colonia, 1 frasco de loción de afeitar TARR, 1 jabón de afeitar, 1 maquinilla de afeitar, 1 brocha, 1 piedra de alumbre, 1 pastilla de jabón, 1 tijera de uñas. Junto al neceser coloqué 1 par de calcetines cortos de lana (marrones, ya zurcidos), 1 par de calcetines hasta la rodilla, 1 camisa de franela a cuadros blancos y rojos, 2 calzoncillos cortos de reps. Arriba del todo puse la bufanda nueva de seda para que no se aplastara. Era de color burdeos con cuadros en el mismo tono, a veces satinados, otras mate. Con eso la maleta quedó llena.

Después el hatillo: 1 colcha del diván (de lana, a cuadros azul claro y blancos, un envoltorio gigantesco, pero que no abrigaba). Y enrollado dentro: 1 guardapolvo (cheviot blanco y negro, ya muy usado) y 1 par de polainas de cuero (antiquísimas, de la Primera Guerra Mundial, de color amarillo melón con pequeñas correas).

Después la bolsa de comida con: 1 lata de jamón en conserva marca Scandia, 4 bocadillos, unas galletas que habían sobrado de Navidad, 1 cantimplora con vaso llena de agua.

Después mi abuela colocó cerca de la puerta la maleta del gramófono, el hatillo y la bolsa con la comida. Los dos policías habían comunicado

que vendrían a buscarme a medianoche. El equipaje estaba preparado junto a la puerta.

Después me vestí: 1 calzoncillo largo, 1 camisa de franela (a cuadros beige y verdes), 1 pantalón bombacho (gris, del tío Edwin, como ya he dicho), 1 chaleco de paño con mangas de punto, 1 par de calcetines cortos de lana y 1 par de *bokantschen*, fuertes botas de invierno. Tenía a mano los calcetines verdes de la tía Fini, encima de la mesa. Me até las botas, y mientras lo hacía caí en la cuenta de que años atrás, durante las vacaciones de verano en el Wench, mi madre se puso un traje marinero confeccionado por ella misma. En mitad del paseo por un prado se dejó caer entre la hierba alta y se hizo la muerta. Yo tenía entonces ocho años. Qué susto, el cielo cayó sobre la hierba. Cerré los ojos para no ver cómo se me tragaba. Mi madre se levantó de un salto, me sacudió y dijo: Cuánto me quieres, aún estoy viva.

Ya me había atado las botas. Me senté a la mesa y esperé la medianoche. Y la medianoche llegó, pero la patrulla se retrasaba. Transcurrieron tres horas más, eso era casi imposible de aguantar. Por fin llegaron. Mi madre me sostuvo el abrigo con el ribete de terciopelo en el cuello. Me lo puse. Ella lloraba. Me enfundé los guantes verdes. En el pasillo de madera, justo al lado del contador del gas, la abuela dijo: SÉ QUE VOLVERÁS.

No retuve esa frase en la memoria deliberadamente. Me la llevé al campo de trabajo sin darme cuenta. No tenía ni idea de que me acompañaba. Pero una frase así es libre. Ella actuó en mi interior más que todos los libros que me llevé. SÉ QUE VOLVERÁS se convirtió en cómplice de la pala del corazón y en adversario del ángel del hambre. Yo, que he regresado, puedo decirlo: Una frase así te mantiene con vida.

Eran las tres de la madrugada del 15 de enero de 1945 cuando la patrulla vino a por mí. El frío encogía, estábamos a -15 °C. Atravesamos la ciudad vacía en el camión con toldo hacia el pabellón. Era el salón de celebraciones de los sajones. Y ahora el campo de agrupamiento. En el pabellón se apiñaban unas trescientas personas. Sobre el suelo se veían colchones y sacos de paja. Durante toda la noche llegaron coches, también de los pueblos circundantes, y descargaron a la gente recogida. Al amanecer eran casi quinientos. Esa noche fue imposible contar, no se tenía una visión de conjunto. La luz del

pabellón permaneció encendida todo el tiempo. La gente iba de un lado a otro en busca de conocidos. Decían que en la estación habían reclutado a carpinteros que ahora se dedicaban a clavetear catres de madera verde en vagones de ganado. Otros artesanos montaban estufas de hierro en los trenes. Otros serraban agujeros en el suelo para que sirvieran de retrete. Se hablaba bajo y mucho con los ojos abiertos como platos, y se lloraba bajo y mucho con los ojos cerrados. El aire olía a lana vieja, al sudor del miedo y a carne grasienta asada, a pastas de vainilla y aguardiente. Una mujer se quitó el pañuelo. Seguro que era de pueblo, llevaba la trenza doblada dos veces en la parte posterior de la cabeza y prendida en medio de ésta con una peineta semicircular de asta. Los dientes de la peineta desaparecían en el pelo, de su borde arqueado sólo asomaban dos esquinas como orejitas puntiagudas. Con las orejas y la gruesa trenza, la cabeza parecía por detrás un gato sentado. Yo estaba sentado como un espectador entre gente de pie y montones de equipaje. Durante unos minutos se apoderó de mí el sueño y soñé:

Mi madre y yo estamos en el cementerio ante una tumba reciente. Encima de ella, en el centro, la mitad de alta que yo, crece una planta de hojas peludas. En su tallo hay un folículo con un asa de cuero, una maleta pequeña. El folículo está abierto un dedo, acolchado por dentro con terciopelo rojizo. No sabemos quién ha muerto. Mi madre dice: Coge la tiza del bolsillo del abrigo. Pero si no tengo ninguna. Cuando meto la mano en el bolsillo, encuentro un trozo de jaboncillo de sastre. Mi madre dice: Tenemos que escribir un nombre corto en la maleta. Escribamos CEYA, nadie que conozcamos se llama así. Yo escribo YACE.

En el sueño comprendí con claridad que estaba muerto, pero no me apetecía decírselo a mi madre. Me desperté sobresaltado, porque un hombre mayor con un paraguas se sentó a mi lado en el saco de paja y dijo muy cerca de mi oído: Mi cuñado quiere venir, pero el pabellón está vigilado por los cuatro costados y no le dejan pasar. Todavía estamos en la ciudad y él no puede venir aquí ni yo ir a casa. En cada botón de plata de su chaqueta volaba un pájaro, un pato salvaje o más bien un albatros. Porque, cuando me incliné hacia delante, la cruz del escudo que llevaba en el pecho se transformó en un ancla. El paraguas

estaba como un bastón entre él y yo. ¿Lo llevará con usted?, pregunté. Allí nieva todavía más que aquí, contestó.

No nos habían dicho cuándo y cómo teníamos que salir del pabellón hacia la estación. Cuándo podríamos, diría yo, porque quería partir de una vez hacia Rusia aunque fuera en el vagón de ganado con la caja del gramófono y el ribete de terciopelo en el cuello. Ya no sé cómo llegamos a la estación. Los vagones de ganado eran altos. También he olvidado el proceso de la subida, porque viajamos tantos días y tantas noches en el vagón de ganado que parecía que siempre habíamos estado dentro. Tampoco sé ya durante cuánto tiempo viajamos. Yo pensaba que viajar mucho tiempo significaba viajar lejos. Mientras viajemos, no puede pasarnos nada. Mientras viajemos, todo irá bien.

Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, con el equipaje en la cabecera del catre. Hablar y callar, comer y dormir. Circulaban las botellas de aguardiente. Cuando viajar se había convertido ya en una costumbre, comenzaron aquí y allá los intentos de caricias. Uno miraba con un ojo y apartaba el otro.

Yo iba sentado al lado de Trudi Pelikan y dije: Me siento igual que en la excursión a los Cárpatos para esquiar en la cabaña del lago Balea, donde un alud se tragó a media clase del instituto. A nosotros no puede sucedernos eso, repuso ella, no hemos traído equipo de esquí. Con una caja de gramófono se puede cabalgar, cabalgar, a través del día a través de la noche a través del día, conocerás a Rilke, dijo Trudi Pelikan con su abrigo de corte acampanado con puños de piel hasta los codos. Puños de piel marrón como dos medios perritos. A veces Trudi Pelikan se metía las manos cruzadas en las mangas, y los dos medios perritos se convertían en un perrito entero. Por aquel entonces yo todavía no había visto la estepa, pues de lo contrario habría pensado en ardillas de tierra. Trudi Pelikan olía todavía a melocotones calientes, incluso su boca, incluso el tercer y el cuarto día en el vagón de ganado. Estaba sentada con su abrigo igual que una dama en el tranvía de camino a la oficina y me contó que durante cuatro días se había ocultado en un agujero excavado en el suelo del jardín vecino, detrás del cobertizo. Pero nevó, y las pisadas entre la casa, el cobertizo y el agujero en el suelo quedaron a la vista. Su madre ya no podía llevarle la comida a escondidas. Se veían las huellas por todo el jardín. La nieve la delató, tuvo que abandonar

voluntariamente su escondrijo, voluntariamente obligada por la nieve. Nunca se lo perdonaré a la nieve, dijo. No se puede imitar la nieve recién caída, no se puede arreglar la nieve para que parezca intacta. Se puede arreglar la tierra, dijo, y la arena, e incluso la hierba, si uno se esfuerza. Y el agua se arregla por sí sola, porque se lo traga todo y se vuelve a cerrar enseguida una vez que ha tragado. Y el aire siempre está arreglado porque es invisible. Todos, salvo la nieve, habrían callado, dijo Trudi Pelikan. Añadió que una buena nevada era la principal culpable. Que cayó precisamente en la ciudad, como si supiera dónde estaba, como si estuviera en su casa. Pero que se puso inmediatamente al servicio de los rusos. Estoy aquí porque me ha delatado la nieve, concluyó Trudi Pelikan.

El tren viajó doce días o catorce, incontables horas, sin detenerse. Después se detuvo incontables horas, sin viajar. No sabíamos dónde nos encontrábamos en ese momento. Excepto cuando uno de las literas de arriba logró leer el letrero de una estación a través de la ranura de la ventanilla abatible: BUZĂU. La estufa de hierro retumbaba en el centro del vagón. Las botellas de aguardiente pasaban de mano en mano. Todos estaban achispados, algunos por la bebida, otros por la incertidumbre. O por ambas cosas a la vez.

Te pasaba por la cabeza lo que podían entrañar las palabras DEPORTADO POR LOS RUSOS, pero eso no afectaba a tu estado de ánimo. Sólo pueden llevarnos al paredón cuando llegemos, aún estamos de viaje. Que no nos hubieran llevado al paredón y fusilado hacía mucho, tal como sabíamos por la propaganda nazi de nuestra tierra, nos volvía casi despreocupados. En el vagón de ganado los hombres aprendieron a beber al buen tuntún. Las mujeres aprendieron a cantar al buen tuntún:

En el bosque florece el torvisco  
La zanja aún tiene nieve  
Y la cartita que me has escrito  
Esa cartita, mucho me duele.

Siempre la misma canción, hasta que ya no sabías si de verdad cantaban o no, porque cantaba el aire. La canción se agitaba en tu mente

y se adaptaba a la marcha: un *blues* de vagón de ganado y una canción kilométrica del tiempo puesto en marcha. Fue la canción más larga de mi vida, las mujeres la cantaron durante cinco años, contagiándole la nostalgia que todos nosotros padecíamos. La puerta del vagón estaba precintada por fuera. Fue abierta cuatro veces, una puerta corrediza sobre ruedas. Todavía estábamos en territorio rumano cuando en dos ocasiones arrojaron al interior del vagón media cabra despellejada serrada a lo largo. Estaba congelada y cayó al suelo con estrépito. La primera cabra la utilizamos como combustible. Tras trocearla, la quemamos. Estaba tan flaca que ni siquiera apestó, ardió bien. Con la segunda circuló la palabra PASTRAMI, carne secada al aire. También quemamos nuestra segunda cabra y reímos. Estaba tan tiesa y lívida como la primera, una osamenta espantosa. Reímos demasiado pronto, fuimos tan arrogantes como para despreciar a las dos caritativas cabras rumanas.

La familiaridad creció conforme transcurría el tiempo. En ese espacio reducido sucedían acontecimientos banales, sentarse, levantarse. Rebuscar en la maleta, vaciar, llenar. Ir al agujero del retrete, detrás de dos mantas colgadas. Cada banalidad acarrea otra. En un vagón de ganado toda individualidad se atrofia. Uno está más entre otros que consigo mismo. No eran necesarias las deferencias. Había un apoyo mutuo, como en casa. A lo mejor sólo hablo de mí cuando hoy relato esto. A lo mejor ni siquiera de mí. A lo mejor la estrechez del vagón de ganado me amansaba, porque de todos modos deseaba marcharme y aún conservaba bastante comida en la maleta. No intuíamos con qué rapidez se abatiría sobre nosotros el hambre salvaje. Con cuánta frecuencia, en los cinco años venideros, nos asemejaríamos, cuando nos visitara el ángel del hambre, a esas tiesas y lívidas cabras. Y con cuánta frecuencia las lloraríamos.

La noche rusa se abatió sobre nosotros, Rumania había quedado atrás. Durante una parada de horas sentimos fuertes sacudidas. En los ejes de los vagones adaptaban las ruedas al mayor ancho de vía ruso, al ancho de la estepa. En el exterior, tanta nieve iluminaba la noche. Esa noche hicimos la tercera parada en campo abierto. Los centinelas rusos gritaron UBÓRNAYA. Todas las puertas de los vagones se abrieron. Caímos dando traspiés unos detrás de otros al terreno nevado situado a

un nivel inferior y nos hundimos hasta las rodillas. Comprendimos, sin entender, que *Ubórnaya* significaba hacer nuestras necesidades todos juntos. Arriba, muy arriba, la luna redonda. Ante nuestros rostros, el aliento volaba blanco y brillante como la nieve bajo los pies. A nuestro alrededor, las ametralladoras listas para disparar. Y ahora: abajo los pantalones.

Qué situación tan embarazosa, tan vergonzosa para todo el mundo. Por suerte, ese territorio nevado estaba tan sólo con nosotros, nadie miraba cuando nos obligaron a hacer lo mismo tan cerca unos de otros. Yo no necesitaba ir al baño, pero me bajé los pantalones y me puse en cuclillas. Qué malvado y silencioso era ese territorio nocturno, cómo nos ridiculizaba al hacer nuestras necesidades. A mi izquierda, Trudi Pelikan se remangó el abrigo acampanado hasta los sobacos y se bajó los pantalones hasta los tobillos, se oyó el siseo entre sus zapatos. A mis espaldas Paul Gast, el abogado, gemía al apretar, y cómo gruñían los intestinos de su mujer, la señora Heidrun Gast, a causa de la diarrea. A nuestro alrededor el cálido vapor pestilente se congeló al instante brillando en el aire. Ese territorio nevado nos propinó una cura de caballo haciendo que nos sintiéramos solos con nuestros culos al aire en medio de los ruidos del bajo vientre. Qué mezquinos se tornaron nuestros intestinos en esa situación solidaria.

A lo mejor esa noche no crecí yo de repente, sino el miedo en mi interior. A lo mejor la solidaridad sólo cobra realidad de ese modo. Porque todos, todos sin excepción, nos situamos para hacer nuestras necesidades automáticamente con la cara hacia el terraplén de la vía. Todos teníamos la luna a la espalda, ya no apartamos los ojos de la puerta abierta del vagón de ganado, dependíamos de ella como si fuese la puerta de una habitación. Nos embargaba ya el miedo loco a que la puerta se cerrase y el tren partiese sin nosotros.

Uno gritó en medio de la vasta noche: He aquí al pueblo sajón cagando, todos juntos. Cuando todo hace aguas, no son sólo aguas menores. A todos vosotros os gusta vivir, ¿verdad? Soltó una risa hueca, metálica. Todos se apartaron un poco de él. Entonces tuvo sitio, se inclinó ante nosotros como un actor y repitió con tono alto y solemne: A todos vosotros os gusta vivir, ¿verdad?

En su voz resonó un eco. Algunos empezaron a llorar, el aire estaba

vidrioso. Su rostro se había sumergido en la locura. La saliva había cristalizado en su chaqueta. Entonces vi el emblema en el pecho, era el hombre de los botones de albatros. Estaba completamente solo y sollozaba con voz infantil. Junto a él sólo había quedado la nieve emporcada. Y detrás de él, el mundo helado con la luna como una radiografía.

La locomotora soltó un pitido ahogado. El UUUH más bajo que he oído jamás. Todos nos apresuramos hacia la puerta. Subimos y continuamos el viaje.

Al hombre también lo habría reconocido sin el emblema. Nunca lo vi en el campo de trabajo.

## Armuelle

Nada de lo que nos proporcionaron en el campo de trabajo tenía botones. Las camisetas, los calzoncillos largos tenían dos cintitas para anudarlos. La almohada, cuatro. Por la noche la almohada era una almohada. De día se convertía en un saco de tela que llevabas contigo para cualquier eventualidad, es decir para robar y mendigar.

Robábamos antes del trabajo, durante el trabajo y después del trabajo, excepto durante el limosneo, que nosotros denominábamos buhonar, pero nunca robábamos al vecino de barracón. Tampoco se consideraba robar cuando después del trabajo, en el trayecto de regreso, acudíamos a las escombreras a recoger hierbas hasta que el almohadón estaba repleto. Ya en marzo las mujeres del pueblo habían averiguado que la mala hierba de hojas dentadas se llamaba LEBEDÁ; que en primavera también se comía en casa como espinaca silvestre, que se llamaba ARMUELLE. También recolectábamos una planta de hojas plumadas, eneldo silvestre. La condición era disponer de sal, había que procurársela en el bazar mediante trueque. Era gris y basta como el cascajo, por lo que había que triturarla. La sal valía una fortuna. Teníamos dos recetas de cocina para el armuelle:

Las hojas de armuelle, saladas como es natural, podían comerse crudas, igual que una ensalada. Se desmenuzaba finamente el eneldo silvestre y se esparcía por encima. O se cocían en agua salada tallos enteros de armuelle. Al pescarlos del agua con la cuchara, salían convertidos en unas exquisitas espinacas falsas. El caldo también se bebe, es una especie de sopa clara o té verde.

En primavera el armuelle es tierno, la planta entera sólo alcanza la altura de un dedo y es de color verde plateado. A principios del verano te llega por la rodilla, sus hojas parecen tener dedos. Cada hoja puede ofrecer un aspecto diferente, como guantes distintos, y abajo del todo siempre hay un pulgar. El armuelle verde plateado es una planta fresca, un alimento de primavera. En verano había que prescindir de ella, pues

en esa época el armuelle crece muy deprisa, se ramifica densamente y sus tallos se vuelven duros y leñosos. Amarga como la arcilla. La planta crece hasta la altura de la cadera, y alrededor de su grueso tallo central se forma una mata suelta. En pleno verano, las hojas y los tallos se colorean, empiezan a ponerse rosados, después rojo sangre, más tarde azul rojizo, hasta que en otoño se oscurecen hasta el índigo intenso. En todas las puntas de las ramas brotan cadenas de flores en espiga formadas por bolitas, igual que en las ortigas. Sólo que las flores en espiga del armuelle, en lugar de colgar, se yerguen oblicuas hacia arriba. También atraviesan una gama cromática que va del rosa al índigo.

Curiosamente, cuando el armuelle comienza a colorearse y ya no se puede comer es cuando está bonito de verdad. Entonces permanece al borde del camino protegido por su belleza. La época de comer armuelle ha pasado. Pero no el hambre, que siempre es superior a ti.

Qué decir del hambre crónica... Se puede afirmar que existe un hambre que te hace enfermar de hambre. Que añade más hambre a la que ya padeces. El hambre siempre renovada que crece insaciable y salta al interior del hambre eternamente vieja, reprimida con esfuerzo. Cómo vas a correr mundo cuando lo único que sabes decir de ti mismo es que tienes hambre. Cuando no puedes pensar en nada más. El paladar es más grande que la cabeza, una cúpula alta y permeable al ruido que llega hasta el cráneo. Cuando el hambre se te antoja insoportable, sientes tirones en el paladar, como si hubieran tensado una piel de conejo fresca para secarla detrás de tu cara. Las mejillas se marchitan y se cubren de una pelusilla pálida.

Yo nunca supe si hay que reprochar al armuelle amargo que ya no se pueda comer, porque se vuelve leñoso y levantisco. El armuelle sabe que ya no nos sirve a nosotros y al hambre, sino al ángel del hambre. Las cadenas de flores rojas en espiga son joyas que adornan el cuello del ángel del hambre. A partir de comienzos de otoño, cuando llegó la primera helada, el armuelle fue engalanándose cada día más, hasta que se heló. Sus colores, de una belleza letal, herían el globo ocular. Las espigas, incontables hileras de collares rojos a lo largo de todo el camino, embellecían al ángel del hambre. Él llevaba su adorno, y nosotros, un paladar tan alto que, al caminar, el eco de los pasos se encabritaba en la boca. Una transparencia en el cráneo, como si te

hubieras empachado de una luz deslumbrante. Una luz tal que se contempla ella misma en la boca y se desliza dulzona hacia la campanilla, hasta que se hincha e invade tu cerebro. Hasta que en la cabeza ya no tienes cerebro, sino únicamente el eco del hambre. No existen palabras adecuadas para describir el hambre. Todavía hoy tengo que demostrarle al hambre que me he librado de ella. Desde que ya no tengo que pasar hambre, me como literalmente la vida misma. Cuando como, me encierro en el placer de la comida. Desde mi regreso del campo de trabajo, hace sesenta años, como para combatir la muerte por inanición.

Al ver el armuelle, ya incomedible, intenté pensar en otra cosa. En los últimos calores cansinos de las postrimerías del verano, antes de la llegada del gélido invierno. Pero en lugar de eso pensé en las patatas que brillaban por su ausencia. Y en las mujeres que vivían en el koljós y que seguramente ya tomarían patatas nuevas en la sopa cotidiana de col. Por lo demás, no se las envidiaba: vivían en agujeros en el suelo y tenían que trabajar mucho todos los días, desde las primeras luces del alba hasta el ocaso.

En el campo de trabajo la primavera significaba para nosotros, los buscadores de armuelle de las escombreras, cocer armuelle. El nombre ARMUELLE te sobrepasa y en sí nada dice. Para nosotros AR era una palabra sin matices, una palabra que nos dejaba en paz. Porque AR no era una hierba de pasar revista, sino una palabra del borde del camino. En cualquier caso era una palabra posrecuentonocturno..., una hierba posrevista, en modo alguno una hierba de revista. A menudo esperabas con impaciencia a cocer el armuelle porque el recuento era inminente y duraba una eternidad porque no cuadraba.

En nuestro campo había cinco RB, RABÓCHIY BATALIÓN, cinco batallones de trabajo. Cada uno de ellos se llamaba ORB, Otdelníy Rabóchiy Batalión, y constaba de 500 a 800 internos. Mi batallón era el 1009; mi número el 756.

Nos colocábamos en fila, qué expresión para esos cinco regimientos de miserables de ojos hinchados, narices enormes, mejillas hundidas. Barrigas y piernas estaban hinchadas por el agua distrófica. Hiciera un frío de muerte o un calor abrasador, pasábamos tardes enteras en posición de firmes. Sólo los piojos podían moverse sobre nosotros.

Durante el interminable recuento podían chupar hasta reventar y desfilan por nuestra carne miserable, arrastrarse durante horas desde nuestra cabeza hasta el vello púbico. Los piojos casi siempre se saciaban y se echaban a dormir en los respaldos de los trajes de algodón mientras nosotros aún continuábamos en posición de firmes. El comandante del campo, Schischtvanionov, seguía voceando. No conocíamos su nombre. Él sólo se llamaba *tovarisch* Schischtvanionov. Era lo bastante largo como para tartamudear de miedo al pronunciarlo. El nombre de *tovarisch* Schischtvanionov evocaba siempre en mí el ruido de la locomotora de la deportación. Y la hornacina de la iglesia, en casa, EL CIELO PONE EN MARCHA EL TIEMPO. A lo mejor nos obligaban a formar durante horas frente a la hornacina blanca. Los huesos se abultaban como hierros. Cuando la carne ha desaparecido del cuerpo, arrastrar tus huesos se convierte en una carga, te empuja hacia el interior del suelo.

Durante el recuento, mientras permanecíamos en posición de firmes, yo me ejercitaba en el olvido y en no diferenciar el aliento entre inspiración y expiración. Y en girar los ojos hacia arriba sin levantar la cabeza. Y en buscar en el cielo la esquina de una nube de la que poder colgar mis huesos. Cuando lograba olvidar y encontraba el gancho celestial, éste me sujetaba. Muchas veces no había nube alguna, sólo el azul uniforme del mar abierto.

Muchas veces no había más que un techo cerrado de nubes, de un gris uniforme.

Muchas veces las nubes corrían y no había gancho que se quedase quieto.

Muchas veces la lluvia escocía en los ojos y pegaba la ropa a mi piel.

Muchas veces el frío me rompía las entrañas a dentelladas.

En días así, el cielo tiraba de mis ojos hacia arriba y el recuento los arrastraba hacia abajo; los huesos colgaban sin asidero de mi soledad.

El *kapo* Tur Prikulitsch caminaba a grandes zancadas entre nosotros y el comandante Schischtvanionov, las listas resbalaban entre sus dedos, arrugadas de tanto hojearlas. Cada vez que gritaba un número, su pecho oscilaba igual que el de un gallo. Aún tenía manos infantiles. Las mías habían crecido en el campo, cuadradas, duras y planas como dos tablas.

Si después de la revista alguien, haciendo acopio de todo su valor,

preguntaba a uno de los *nachálniks* o incluso a Schischtvanionov, el comandante del campo, cuándo podríamos regresar a casa, nos daban esta escueta respuesta: SKÓRO DOMÓY, o lo que es lo mismo: Iréis pronto.

Ese PRONTO ruso nos robaba el tiempo más largo del mundo. Tur Prikulitsch también se cortaba los pelos de la nariz y las uñas con el barbero Oswald Enyeter. El barbero y Tur Prikulitsch eran paisanos del rincón de los tres países de los Cárpatos ucranianos. Pregunté si en esa región de los Cárpatos donde confluían Rumania, Hungría y Rusia era habitual que a los mejores clientes les cortaran las uñas en la barbería. El barbero respondió: No, en el rincón de los tres países no es así. Eso es cosa de Tur, no de mi casa. De casa viene el quinto después del noveno. Qué significa eso, pregunté. El barbero respondió: Un poco de *balamuk*. Qué significa eso, pregunté. Un poco de barullo, me contestó.

Tur Prikulitsch no era ruso como Schischtvanionov. Hablaba alemán y ruso, pero era uno de los rusos, no de los nuestros. Aunque interno, era ayudante de la dirección del campo. Él nos dividía sobre el papel en escuadrones de trabajo y traducía las órdenes rusas. Y añadía las suyas en alemán. Adscribía al número de escuadrón nuestros nombres y números para el recuento general. Cada uno tenía que recordar su número día y noche y saber que éramos un simple número y no personas con nombres y apellidos.

Tur Prikulitsch escribía junto a nuestros nombres, formando columnas, koljós, fábrica, escombreras, transporte de arena, línea férrea, obra, transporte de carbón, cochera, batería de coque, escorias, sótano. De lo que figurara junto al nombre dependía que acabásemos cansados, muy cansados o extenuados; que después de trabajar nos quedaran tiempo y fuerzas para buhonar; o que pudiéramos rebuscar sin ser vistos entre los desperdicios de la cocina detrás de la cantina.

Tur Prikulitsch no trabaja, en ningún escuadrón, en ninguna brigada, en ningún turno. Él manda, por eso es ágil y despectivo. Su sonrisa es una asechanza. Si se la devuelves, gesto obligado, te expones al ridículo. Él sonrío, porque junto al nombre ha anotado en la columna algo nuevo, aún peor. En la calle principal del campo le evito entre los barracones, prefiero mantenerme a una distancia que impida la conversación. Él camina levantando mucho sus zapatos, que brillan

como dos bolsitas de charol, como si el tiempo vacío saliera de él a través de las suelas. Nada se le pasa por alto. Se dice que incluso lo que olvida se convierte en una orden.

En la barbería, Tur Prikulitsch es superior a mí. Dice lo que le da la gana, no corre ningún riesgo. Incluso es mejor si nos ofende. Sabe que tiene que humillarnos para seguir así. Estira el cuello y habla siempre hacia abajo. Tiene todo el día para gustarse. A mí también me gusta. Es de constitución atlética, con ojos de color amarillo latón y mirada untuosa, dos pequeñas orejas pegadas como dos broches, mentón de porcelana, aletas de la nariz rosadas como flores de tabaco y cuello cual cera de vela. Su suerte es que nunca se mancha. Su suerte lo hace más guapo de lo que se merece. Quien no conoce al ángel del hambre puede dar órdenes en el patio del recuento, recorrer a grandes zancadas la calle principal del campo, esbozar una sonrisa furtiva en la barbería. Pero no puede tomar parte en la conversación. Sé de Tur Prikulitsch más de lo que a él le gustaría, porque conozco bien a Bea Zakel, que es su amante.

Las órdenes rusas sonaban como el nombre del comandante del campo, *tovarisch* Schischtvanionov, un chirrido y graznido compuesto de ch, sch, tsch, schtsch. De todos modos no entendíamos el contenido de la orden, pero sí el desprecio que encerraba. Uno se acostumbra al desprecio. Con el tiempo las órdenes parecían un constante carraspear, toser, estornudar, sonarse los mocos, escupir..., expulsar mucosidades. Trudi Pelikan decía: El ruso es un idioma acatarrado.

Mientras todos los demás sufrían en posición de firmes durante el recuento vespertino, los que trabajaban por turnos, exentos del recuento, habían encendido ya su hoguerita en el rincón del campo situado detrás de la fuente. Ya tenían encima la cazuela con armuelle u otras cosas extrañas que precisaban tapa para no ser vistas. Zanahorias, patatas, incluso mijo, si se había sabido aprovechar un astuto trueque: diez pequeñas zanahorias por una chaqueta, tres medidas de mijo por un jersey, media medida de azúcar o sal por un par de calcetines de lana de oveja.

Para preparar la comida extra, la cazuela requería un utensilio imprescindible: la tapa. Pero no había tapas. Quizá un trozo de chapa, y eso a lo mejor sólo en la imaginación. No importaba cómo, en cada ocasión se inventaba la tapa de la cazuela con algo. Y se decía con